

Mis vigilijs embelesan ;
 Manso rio ,
 Que cruzas el ancho monte ;
 Es de rosas tu horizonte ;
 No lóbreo cual el mio ;
 Rio sin fama ni historia ,
 Canasí ;
 Guarda mi tierna memoria ,
 Yo la guardaré de tí.

No cubren tus aguas velas
 Siempre locas ;
 Pero nobles centinelas
 Te dan proteccion dos rocas ;
 Manso rio ,
 ¿Qué vale tener espumas ,
 Si han de cubrirla las brumas
 En las regiones del frio ?
 Rio sin fama ni historia ,
 Canasí ,
 Guarda mi buena memoria ,
 Yo la guardaré de tí.

Mi esquife besó tu frente ,
 Con orgullo ;
 Me acompañó tu corriente ,
 Me bendijo tu murmullo ;
 Manso rio ,
 Las estrellas me alumbraban ,
 Mis sueños me acariciaban ,
 Y tu destino era el mio ;
 Rio sin fama ni historia ,
 Canasí ,
 Guarda mi tierna memoria ,
 Yo la guardaré de tí.

Tú los conciertos escuchas
 De las aves ;
 Nunca fraticidas luchas
 Tienen tus ondas suaves ;
 Manso rio ,
 Jamas el furor del viento
 Tu lomo azota violento
 Con su agreste poderío :

Rio sin fama ni historia ,
 Canasí ,
 Guarda mi tierna memoria ,
 Yo la guardaré de tí.

Las palmas que te dominan
 De la altura ,
 Sus nobles ramos inclinan
 Para verse en tu hermosura ;
 Manso rio ,
 ¿Por qué no mira su frente
 En tu rosada corriente
 El dueño de mi alvedrio ?
 Rio sin fama ni historia ,
 Canasí ,
 Guarda mi tierna memoria ,
 Yo la guardaré de tí.

No , ni el Tíber ni el Danubio
 Te se igualan ;
 Que las nieves del Vesubio
 Sus campos de entorno talan :
 Manso rio ,
 ¿Es tu curso soberano
 El lloro de un rey indiano
 Al perder su poderío ?
 Rio sin fama ni historia ,
 Canasí ,
 Guarda mi tierna memoria ,
 Yo la guardaré de tí.

A Dios, Bétis de esta orilla ,
 ¿Por qué el hado
 Otra soberbia Sevilla
 A tus pies no he colocado ?
 Manso rio ,
 No me basta tu hermosura ,
 Que ha nublado mi ventura ,
 ¡Ay! un recuerdo sombrío
 Rio sin fama ni historia ;
 Canasí ,
 Guarda mi tierna memoria ,
 Yo la guardaré de tí.

SALVÁ

(Y PÉREZ, DON VICENTE).

Estudió la filosofía, la teología y la jurisprudencia en Valencia, su patria, dedicándose al mismo tiempo á las lenguas griega y hebrea. Fué singular su aprovechamiento en la primera, de modo que antes de cumplir los quince años substituyó varias veces las cátedras de aquella Universidad; á los diez y siete era ya *candidato*, es decir, que estaba habilitado para ser opositor; á los diez y ocho lo fué á una cátedra de los Estudios reales de San Isidro de Madrid, con tal lucimiento, que los censores le propusieron en segundo lugar, espresando que no le colocaban en el primero por su corta edad; y á los veinte le llamó el Claustro de lenguas de la Universidad de Alcalá de Henáres para regentar la de griego de la misma. La invasion del ejército frances le obligó á retirarse de allí y volver á su patria en 1808, donde continuó su carrera literaria, hasta que en 1809 abrazó la del comercio de libros.

Sus ocupaciones mercantiles no le distrajeran de las buenas letras, y siguió dedicándose á las lenguas vivas, señaladamente á la suya, que cultivaba con un empeño singular desde muy jóven, como lo espone en el prólogo de su *Gramática castellana*. Cuidó todas las ediciones que hizo su casa de Valencia, y ya empezó á darse á conocer en los prólogos que puso á algunas, en la traduccion de una parte del *Cementerio de la Magdalena*, en la que trabajó del *Contrato social* con su amigo don Isidoro Antillon, y con especialidad en los varios artículos que llevan sus iniciales en la *Aurora patriótica mallorquina*, periódico que se publicó en Mallorca durante la guerra de la independencía, de cuya redaccion tuvo que encargarse, supliendo el vacío de dicho su amigo que se hallaba ausente.

Restablecida la Constitucion de Cádiz en 1820, sus compatriotas le nombraron regidor, capitan de la milicia local voluntaria, diputado suplente para las Cortes, y despues en 1822 diputado efectivo. El desempeño de este encargo y la distincion que mereció á las Cortes de ser su secretario mientras pudo serlo por el reglamento, le obligaron á emigrar en 1823 á Inglaterra, donde continuó ejerciendo su profesion de librero, y principió á manifestar, que si hasta entonces no se habia dado á conocer mucho en la república de las letras, era por creer que el hombre debe leer y estudiar antes que escribir, y que en la primera mitad de la vida han de recogerse materiales para madurarlos y coordinarlos en la última. Allí publicó las dos partes de su voluminoso y erudito *Ca-*

tálogo, que servirá de una especie de Bibliografía española, en tanto que tengamos el disgusto de carecer de la completa que pudiera darnos, si sus vastas ocupaciones le permitieran formarla sobre los muchos y curiosísimos apuntes que posee. Desde Londres cuidó la edicion de las *Guerras de Granada* por Hurtado de Mendoza que se imprimió en Valencia en 1830, cuyo prólogo se debe á su pluma; en aquella capital ayudó á su amigo Seoane para la formacion de un *Diccionario ingles-español*, el mejor y mas completo que poseemos; en ella publicó varios artículos bibliográficos en el *Repertorio Americano*, entre los que sobresale el que versa sobre los libros españoles de caballería, y allí escribió su *Gramática castellana*.

Desde que trasladó su casa á Paris en 1830, es difícil seguirle en el cúmulo de obras suyas y ajenas que ha dado á la estampa, con tales mejoras y con tanta correccion, que demuestra muy á las claras, que para renovar la brillante época de los Aldos, los Estéfanos, los Elzevirios y los Plantinos, no se necesita otra cosa sino que los editores entren en esta noble carrera con el lleno de conocimientos que requiere y con el anhelo de vivir en la posteridad. Examínense en comprobacion de esto las ediciones que ha sacado de la *Regalia de España* por Campománes, de la *Bruja*, de las *Poesías* de Meléndez, del *Moro espósito* de Saavedra, del *Arte de traducir del frances* por Capmany, del *Diccionario* de la Academia española y del *Juicio crítico de los poetas españoles de la última era*, obra póstuma de Gómez Hermosilla.

Como producciones suyas debemos citar la *Gramática castellana*, ya mencionada, de la que se han hecho cinco ediciones en poco mas de ocho años; el *Compendio* de la misma para uso de las escuelas, que ya ha sido reimpresso; el *Diccionario latino-español* que formó sobre la traduccion que Valbuena habia dado del de Boudot, del que van publicadas cuatro ediciones; el *Cornelio Nepote* con notas y un breve diccionario para su inteligencia, y el en que ahora se ocupa de las lenguas española y francesa comparadas, de que ha anticipado el prospecto acompañando una muestra. Por ella y por el primero se ve que este diccionario es el único de su clase que se ha trabajado con calma é inteligencia desde que Capmany dió á luz el suyo. En el mismo prospecto anuncia estar disponiendo un *Diccionario de sinónimos castellanos* y un *Suplemento* al Diccionario de la Academia española. Entre los varios folletos y escritos sueltos que ha publicado, hemos escogido como muestra de su estilo y opiniones literarias, el que ponemos á continuacion, copiado de los dos primeros números del *Liceo valenciano*.

Antes de terminar este resúmen biográfico, nos parece del caso notar, que cuando en 1833 le permitió el gobierno español de entonces regresar á su pais con varios otros diputados de las Cortes, manifestó oficialmente y por medio de la imprenta, que no aprovecharia esta gracia, si no se hacia estensiva á todos sus compañeros de in-

fortunio; y así lo cumplió, no poniendo los pies en España hasta el año de 1835. Hallándose tambien en ella en 1836, en época de elecciones de diputados, fué nombrado de nuevo para las Cortes constituyentes, y estas le dispensaron por tercera vez el honorífico encargo de diputado secretario.

Sus trabajos y empresas literarias le absorben al presente toda la atencion, y solo es de temer que tanta laboriosidad menoscabe su salud, por privilegiada que sea.

¿Ha sido juzgado el Don Quijote segun esta obra merece?

Pocas preguntas pudieran hacerse en literatura que llevasen el aire de una paradoja tanto como la presente. Los muchos literatos distinguidos que han consagrado sus tareas á ilustrar, comentar y analizar este prodigio de los partos del ingenio, parece que hayan debido decirlo todo, particularmente cuando los nombres de Mayans, Garces, Sarmiento, Capmany, Ríos, Bowle, Pellicer, Eximeno, Navarrete y Clemencin son abonados fiadores de la estension, solidez y tino con que han tratado cuantas materias han emprendido. No obstante, sin que se entienda que pretendo rebajar la justa reputacion de los escritores que he mencionado, se me permitirá apuntar ciertos olvidos, muy esenciales á mi ver, que han padecido, contentándome en este artículo con hacer lijeras indicaciones, pues si les diese la debida latitud, formarian un volumen bastante abultado.

El *Don Quijote* debe examinarse como obra literaria y como libro moral. Bajo el primer punto de vista ha de considerarse su plan, su estilo y su lenguaje; y bajo el segundo, el fin que el autor se propuso, cómo lo consiguió, y si el resultado ha sido ventajoso ó perjudicial á las costumbres, y de consiguiente á la sociedad. Sobre ambos extremos procuraré repetir lo menos que pueda de lo que otros hayan dicho, pues mi objeto es refutar los que en mi sentir son errores, y errores que estan generalmente admitidos; estendiéndome algo mas en las observaciones que los comentadores, analizadores y apologistas han pasado en absoluto silencio, ó se han contentado con indicar solamente; siendo así que debieran fijar la atencion de todo hombre observador. No hay otro medio de dar alguna novedad á estos apuntes, para que no se desdeñen de leerlos los que suponen la materia del todo agotada.

Voltaire dijo que el primer tipo del *Don Quijote* habia sido el *Orlando* de Ariosto, Ríos sostuvo que es una imitacion de la *Iliada* de Homero, Pellicer lo encontró vaciado en el *Asno de oro* de Apuleyo, y no faltará quien se fatigue todavia en nuevas investigaciones para averiguar el modelo que tuvo á la vista el escritor complutense. Cervántes no se propuso imitar á nadie, porque los ingenios colosales, cuando obran inspirados, no tienen mas guia

que el estro que los anima, y sus obras, cuales las dicta el númen de que rara vez se ven poseidos los mortales, son las que debemos admirar y acatar, como que estan esentas de los frios retoques del saber y de la lima. Una de las razones por que es un portento el *Quijote*, es por haber sido tan sensato su autor, que no volvió á poner la mano en la obra, ni siquiera para corregir los descuidos y contradicciones que se le escaparon en el primer calor, y mucho menos para enmendar las frases y las palabras.

Mas de una vez dió á entender Cervántes que no era otro su deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballeria (parte II, cap. LXXIV); pero al cabo él no compuso sino una novela de este mismo género. Su objeto pues no fué satirizar la esencia y fondo de los libros caballerescos, puesto que aumentó su número, sino purgarlos de los disparates é inverosimilitudes que espesó por boca del canónigo en los capítulos XLVII y XLVIII de la primera parte.

Poco importa ahora deslindar si esta ingeniosa fábula pertenece á la escuela clásica ó á la romántica. En ambas se puede sobresalir, por muy encontradas que á algunos parezcan; y así lo que se necesita siempre es entrar á escribir con el lleno de ideas, conocimientos y calor que la materia requiera. A la cumbre del Parnaso han llegado por distintos caminos, y en ella se hallan laureados con inmortales coronas, Tasso y Ariosto, Moliere y Shakespeare. *La verdad sospechosa*, comedia arregladísima de Ruiz de Alarcón, siempre podrá compararse con las mejores de Lope de Vega y Tirso de Molina. Sin embargo, no defraudemos al romanticismo de la gloria de poseer el mejor libro de cuantos se han escrito.

El arrobo mental que movió la pluma de Cervántes desde que lo principió, no le abandonó hasta el fin, á pesar de haber trascurrido diez años entre la impresion, y acaso entre la formacion de una y otra parte. Pero el lugar en que se engendró la primera, que fué en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion, le proporcionó al autor ser mas original que en la segunda, en la que por tener mas á mano los libros, y por estar menos agitado, se descubre una que otra vez al escritor por entre los destellos de la luz superior que le dirige. Esta circunstancia no recomienda poco la primera parte, porque para mi la dote principal del *Quijote* es la originalidad, á causa de lo difícil y casi imposible que es conseguirla en estos tiempos, en que empleamos la mayor parte de nuestra vida en leer y estudiar lo que otros han dicho. Homero y Hesiodo tuvieron poco que trabajar para ser originales, si ya no quiere suponerse que se han perdido los escritos sobre que ellos formaron los suyos; mas si nosotros repetimos alguno de sus pensamientos, aunque nos haya venido naturalmente, no podremos librarnos de la nota de plagarios ó imitadores. La necesidad de parecer eruditos nos priva del fruto que sacariamos de nuestra propia meditacion, y pocos han

sabido amalgamar una vasta lectura con su produccion, de modo que constantemente sobresalga el ingenio del escritor, como sucede en el *Don Quijote*, singularmente en la parte primera.

Con paz sea dicho de don Vicente de los Ríos, de Navarrete y de cuantos han sostenido lo contrario, si Cervántes no confirmó el fallo dado por el mismo (parte II, cap. IV) de que nunca segundas partes fueron buenas, hizo patente por lo menos que siempre son inferiores á las primeras. Si don Quijote cree, al coménzar su carrera andante, que los seis mercaderes toledanos son otros tantos caballeros, y un pobre labrador el marques de Mantua; si luego se figura que el sabio Friston ha hecho desaparecer el cuarto donde estaba la libreria; si arremete despues á los molinos de viento y á los dos monjes de san Benito; si le apalean los yangüeses y le deshace las quijadas el arriero por recobrar á su coima; si las dos manadas de carneros se presentan en su fantasia como otros tantos ejércitos, cuyos capitanes y gentes enumera; si la aventura del cuerpo muerto y la horrisona de los batanes se lo parecen en realidad; si encuentra con un barbero, y su bacía se le figura el yelmo de Mambrino pintiparado; si pelea con Cardenio en defensa de la reina Madásima, socorre á Dorotea teniéndola por una princesa, y batalla con dos cueros de vino suponiéndolos gigantes; si se cree eternamente encantado cuando le ata Maritónes de la muñeca; si la contienda, alboroto y confusion de la venta le recuerdan la discordia del campo de Agramante; si puesto en una jaula y en un carro, se reputa encantado de veras; y si por fin despues de la inopinada contienda con el cabrero, acomete á la procesion de los disciplinantes que llevaban á la Virgen en unas andas; todos estos acontecimientos, con otros muchos que pudieran acumularse, son casuales, y como el lector no los prevé, le sorprenden agradablemente.

Pero la segunda parte principia por nueve capítulos, que si bien abundan en diálogos graciosísimos, no refieren suceso alguno, y tampoco lo hay de grande importancia desde el capítulo XVII hasta el XXI. La aventura del caballero del Bosque, referida en los capítulos XII, XIII y XIV, aunque llena de chistosos incidentes y alegres circunstancias, pierde mucho de su mérito por estar preparada por el bachiller Sansón Carrasco, y desde que en el capítulo XXX reciben á Don Quijote los duques, personas que gustaban divertirse, nos parecen ya menos maravillosas la aparicion de Merlin, la aventura de la Trifaldi, la venida de Clavileño, el gobierno de Sancho, el gateamiento, la batalla con el lacayo Tósilos y la resurreccion de Altisidora. De igual catadura son la cabeza encantada y la visita de las galeras, dispuestas ambas cosas por don Antonio Moreno, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable, á quien Roque Guinart habia comunicado cuál era la especie de locura de Don Quijote. Son forzadas y traídas por los cabellos las diatribas contra la segunda parte de Avellaneda, que se

hallan en los capítulos LIX, LXX y LXXII, siendo un poco mas natural lo que sobre este particular se dice en el LXXIV.

En cambio de lo mucho que se debilitan todos los acontecimientos que acaban de mencionarse, por no causar verdadera sorpresa al lector, la producen sin disputa la trasformacion de una labradora en Dulcinea del Toboso del capítulo X, la aventura de los leones del XVII, la escena del titerero del XXVI, la del rebuzno del XXVII, la del barco encantado del XXIX, la entrevista con la dueña Rodriguez del XLVIII, las aventuras de las santas imágenes, de las contrahechas pastoras de la Arcadia y de la torada del LVIII, el combate con el caballero de la blanca luna del LXIV, el atropellamiento de los cerdos del LXVIII; y sobre todo es igual, si ya no superior á lo mas bello de la primera parte, la descripcion de cómo bajó á la cueva de Montesinos y de lo que allí vió don Quijote, segun lindisimamente se refiere en los capítulos XXII y XXIII. Este trozo es uno de los mas delicados é ingeniosos de toda la obra. No obstante resulta de la reseña que llevo hecha, que en la invencion, que es la circunstancia principal en los libros de esta clase, tiene que ceder la palma la segunda parte, aunque se halle mas despejada de episodios, y se sujete mas, si se quiere, á los límites de la narracion histórica. Estas dotes por sí solas no atestiguan su superioridad, asi como nadie disputa la del plan y lenguaje del *Persiles* sobre los del *Quijote*, sin que por eso crea igual el mérito de ambas obras, pues la posteridad ha fallado definitivamente á favor de la última, condoliéndose de que su autor mirase con tanta predileccion á la primera.

El estilo del *Don Quijote* ha sido reputado siempre por todos los buenos hablistas, como uno de los mas castizos, flúidos, graciosos y variados del siglo de oro de nuestra literatura. Sin embargo le lleva ventajas, segun poco ha he indicado, el del *Persiles*, que se aparta mas de la construccion latina, seguida á veces afectadamente en el *Quijote*. No se entienda por eso que juzgo fundados todos los reparos que insinúa Capmany en las páginas 433 y 434 del *Teatro de la elocuencia española*, ni menos que tengo por desaliñadas y viciosas todas las locuciones que Clemencin nota de tales en su *Comentario*, ni por necesarias muchas de las variantes del testo que ha adoptado.

Las palabras son en general propias, oportunas y selectas, y su colocacion admirable, segun lo comprueba una observacion que me parece concluyente. El que sabe de memoria un capítulo del *Quijote*, no puede recibir placer de leerlo, porque el testo no le dirá mas de lo que le recuerda aquella; pero si está enterado solamente de los pormenores de alguna aventura, y aun cuando lo esté de lo mas principal de la narracion y del diálogo, siempre halla escrito el pasaje con una gracia que le embelesa. Luego el chiste y donaire del *Don Quijote* consisten, no solo en lo bien dispuesto de las escenas, en la belleza de las descripciones, en estar

perfectamente sostenidos los personajes, y en ser naturales y entretenidos sus discursos; sino en lo escogido de las palabras y en la misma colocacion de ellas, que son las únicas pequeñeces que solemos tener olvidadas los que tantas veces hemos leído y estudiado al *Ingenioso hidalgo*.

Esto prueba tambien que no puede traducirse en otra lengua, y que perderia muchísimo con la variacion de trasladarlo al castellano corriente de nuestros dias. Que se me diga si no, cómo retendriamos al presente la concision y sal de las muchas elipsis que se hallan esparcidas por toda la obra del género de las siguientes: « Os ruego » que escucheis el cuento que no le tiene de mis desventuras » (parte I, cap. XXVII). « En término le veo que no usando el que » debe, usará el de la fuerza » (capítulo XXVIII). « Todo esto se » acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron res- » petos » (ibid.). « Con pensamiento que ellos miran el mio ajeno » de la honestidad » (capítulo XXIX). « Quiero leerla por curiosi- » dad, quizá tendrá alguna de gusto » (capítulo XXXII). « Pues » que en efeto él ha de salir á plaza, quiero sea en la del archivo » de tu secreto » (capítulo XXXIII). « La cual le recibia y regalaba » con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le » tenia » (ibid.). « Con la cual poniendo la cabeza de vuestro ene- » migo en tierra, os pondrá á vos la corona de la (tierra) vuestra » en la cabeza en breves dias » (capítulo XXXVII). « Conservar la » memoria de haberla ganado (la memoria) la felicisima (memoria) » del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla » eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran » (capítulo XXXIX). « En verdad que yo la he tratado (la verdad) con » mi amo » (capítulo XLI). « A poner por obra esta que á mi me » parece tan buena » (ibid.). « No es sino señor de lugares, res- » pondió Clara, y el que él tiene en mi alma » (capítulo XLIII). » Movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre » (capítulo XLIV). « Como de verse en punto que no sabia el que tomar » en tan repentino y no esperado negocio » (ibid.). « Vos habeis » alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en » el cielo, dijo el pobre barbero » (capítulo XLV). « Esto me basta » para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande » (capítulo XLIX). « Redúzcase al gremio de la discrecion, y sepa » usar de la mucha que el cielo fué servido de darle » (ibid.). « Os » contaré una verdad que acredite lo que ese señor ha dicho, y la » mia » (capít. L). « Primero que alguno de sus muchos pretendien- » tes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teniale cumplido » (capít. LI). Comenzar alguna aventura, luego luego me pusiera en » camino, porque vos la tuviéades buena » (capít. LII). « No aca- » baremos en toda la vida. Mala me la dé Dios » (cap. III de la par- » te segunda). Las personas que estorbaren tu tercera salida, que » no la hallen en el laberinto de sus deseos » (capít. VII). « Comenzó » de nuevo á dar asalto á su caldero con tan buenos alientos, que

» despertó los de Don Quijote» (capit. xx). «Que mostrais en vuestros aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos» (cap. xxii). «A mi me pesa, señor caballero de la triste figura, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra, haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió don Quijote, es imposible ser malo» (capítulo xxx). «Querria que vuesa merced me la hiciese» (capítulo xxxi). «Aquellas tocas mas las trae por autoridad y por la usanza que por los años. Malos sean los que me quedan por vir, respondió Sancho» (ibid.). «Contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo» (capítulo xxxii). «Aunque los sucesos son de mucha pesadumbre, los llevo sin ella» (capítulo lxxii). «En fin llegó el último de don Quijote» (capítulo lxxiv).

No sería menos difícil conservar los bellos juegos de palabras que resultan de emplear consecutivamente un verbo en dos significados, como en aquel paréntesis del cap. iii de la parte primera: *Y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud*; de tomar una misma dicción ya como sustantivo, ya como verbo, v. g. en el epígrafe del capítulo xxxviii de la parte segunda: *Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la dueña Dolorida*; ó por fin de que haya de colegirse el nombre que falta, del verbo que va espreso, segun se advierte en la parte primera, capítulo viii: *De aventurarlo todo á la (aventura) de un solo golpe*. En esto, igualmente que en todo lo demas, es inimitable Cervántes; y si bien pocas veces leemos un libro sin que nos ocurra otro que le iguale ó esceda en una ú otra parte por lo menos, cuando meditamos un capítulo, una página ó unas cuantas cláusulas del *Don Quijote*, no solo doblegamos dóciles nuestras cabezas, reconociendo la imposibilidad de aspirar á acercarnos á un modelo tan elevado, sino que apenas podemos concebir que nuestra alma, atada con los vínculos groseros de la carne y sujeta á la pequenez de los afectos, pasiones y miserias humanas, sea capaz de volar tan alto y por el largo tiempo que debió costar de componer aquella obra peregrina. Esto mismo nos hace conocer que no es susceptible de retoque alguno, y que de consiguiente lo ejecutado por don Augustin Garcia de Arrieta en la edicion del *Quijote* hecha en Paris el año de 1826, ha sido mayor profanacion que si hubiera corregido cualquier pasaje de Homero ó de Virgilio, ó si les hubiese cercenado sus episodios. Las repeticiones, el desaliño, los descuidos y aun las contradicciones del *Quijote*, que saltan á la vista de todos y ofenden tanto la de los semieruditos, evidencian que subsiste cual se lo dictó á Cervántes una inspiracion superior; y segun se halla, es tan grande su importancia, que bastará este libro por sí solo para que los extranjeros de todos tiempos estudien la lengua en que se ha escrito, y para que hagan lo mismo los españoles, cuando el trascurso de los siglos nos

desvíe tanto de esta como nos hemos separado ya de la latina.

Despues de haber hablado de la invencion, estilo y lenguaje del *Don Quijote*, y de haber tributado el debido homenaje de admiracion á su sobresaliente mérito, confío se me oirá con alguna indulgencia al examinar, si su publicacion al mismo tiempo que hizo desaparecer las estravagancias de los libros caballerescos, apagó el espiritu de valentía y pundonor que su lectura inspiraba.

El *Ingenioso hidalgo* no fué recibido al principio con la indiferencia que algunos suponen, pues sabemos que estando todavia incompleta la obra, se publicaron dos ediciones (1) de la primera parte en Madrid por Cuesta en 1605, se hicieron otras tres en el mismo año, la una en Valencia y dos en Lisboa, y hasta nueve en diferentes puntos, en el espacio de solos diez años; siendo de notar que nueve ediciones en aquellos tiempos equivalen á cincuenta en la actualidad, atendido lo mucho que se ha ensanchado el círculo de las personas que saben leer y que tienen el gusto de comprar libros. No debe pues sorprendernos que Cervántes haga decir al bachiller Sanson Carrasco en el capítulo iii de la parte segunda, hablando de la primera: «Tengo para mí que el día de hoy estan impresos mas de doce mil libros de la tal historia.... los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y finalmente es tan trillada, y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algun rocin flaco, cuando dicen, allí va Rocinante: y los que mas se han dado á su letura, son los pajes: no hai antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote*, unos le toman si otros le dejan; estos le embisten y aquellos le piden. Finalmente la tal historia es del mas gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto.» Asi lo confirmó despues el propio Don Quijote, cuando dijo á don Diego de Miranda (capítulo xvi), «que andaba ya en estampa en casi todas ó las mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes, *prosigue*, se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia.»

Puede pues asegurarse que ninguna otra obra, en los tiempos antiguos ni en los modernos, ha hallado en el de su publicacion tan general y favorable acogida como el *Don Quijote*, y que no hubo ninguna necesidad para darlo á conocer, del *Buscapié*, folleto de cuya existencia dudo, aun despues del respetable testimonio de don Antonio Ruidiaz. Cuando así no lo demostrasen las repetidas edi-

(1) Es muy extraño que Navarrete que ha examinado como yo las dos ediciones de Cuesta de 1605, llame *primera* á la que dice en la portada *con privilegio de Castilla, Aragon y Portugal*; y *segunda* á la que dice solo *con privilegio*. El certificado de las erratas de esta, que es lo último que se imprime siempre, lleva la fecha del primero de diciembre de 1604; de consiguiente no pudo incluirse en ella el privilegio para Castilla, Aragon y Portugal, que es del 9 de febrero de 1605, ni estaba en el órden que fuese mas estenso el privilegio de la primera edicion que el de la segunda. No cabe de consiguiente duda en que está equivocada la clasificacion hecha por Navarrete, quien no ha tenido tampoco noticia de la edicion en 8º que se publicó en Lisboa en 1605.

ciones de la obra, los pasajes citados de su autor y algunos que pudieran añadirse de sus coetáneos, nos removería toda duda sobre el particular la desaparición casi instantánea de los muchos libros de caballería que entonces se imprimían. Mas de cien cuerpos de libros de estos, dice Cervantes (capit. vi de la primera parte) que se hallaron en el aposento de don Quijote, quien espresa despues (capitulo xxiv) á Cardenio, que en su aldea podría darle mas de tre-cientos libros, que eran el regalo de su alma y el entretenimiento de su vida; en cuyo número ó hubo exageración, ó incluyó las otras novelas y los libros de poesía que también tenía. De esta manera se salva la veracidad de don Quijote, al que no supongo bibliómano, para que tuviese varias ediciones de una misma obra, pues siendo así, no habría dificultad en que poseyese unos trecientos volúmenes de caballerías en castellano, porque bien los habrá comprendidas sus reimpresiones, cuando tengo recogida hasta el día la noticia de unos 250, y ya comprendía mas de docientos la que publiqué en Lóndres sobre esta célebre parte de nuestra literatura, en el tomo cuarto del *Repertorio americano*.

Basta comparar tan crecido número con el cortísimo de las novelas de otra clase que entonces existían, para confesar que Cervantes fué el ángel exterminador de las primeras. No recuerdo que estuviesen puestas en nuestro romance mas que las de Bocacio, Bando y Giraldo Cintio, y *Los diez libros de fortuna de amor*, ni que tuviésemos otras originales sino las tres *Dianas*, el *Desengaño de zelos*, el *Pastor de Iberia*, el de *Filida*, *Ninfas y pastores de Henáres*, el *Guzman de Alfarache*, el *Lazarillo de Tórmes*, el *Premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja*, y la *Galatea*, porque los demás libros que se conocían de diversion y entretenimiento, pertenecen propiamente los unos al teatro y los otros al Parnaso. Solo puede suponer que los de caballerías andaban muy caídos á la sazón, y que *Don Quijote* no hizo mas que dar el último empuje al coloso que amenazaba ya una próxima ruina, quien no se halle bien enterado del estado de nuestra literatura en todo el siglo xvi; ni de la especie de fanatismo que entonces reinaba por lo maravilloso, segun lo comprueban los festejos hechos en Bins al emperador Carlos V por su hermana la reina de Hungría (1); ni de las declamaciones que contra semejante manía leemos en Vives, Cano, Vanégas, Diego Gracian, Granada, Arias Montano, Malon de Chaide y otros doctos varones de aquella centuria. El mismo Cervantes se hubiera desacreditado por el solo hecho de combatir con tanto empeño á un cadáver, como se hubieran mofado todos del P. Isla, si los predicadores de su tiempo no mereciesen ser ridiculizados en el *Fraí Gerundio*. Habiendo pasado ya la moda ó hallándose en una inevitable y rápida decadencia, no se atreviera á estampar Cervantes en el prólogo de su libro, que no lo escribe con otra mira que

(1) Puede verse la minuciosa narración que de ellos hace Calvete de Estrella en *El felicísimo viaje del príncipe don Felipe*, desde el folio 185 hasta el 205.

para deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, que si bien los aborrecen muchos, son alabados de muchos mas; espresando terminantemente que si esto alcanzaba, no habría alcanzado poco. Tal era el furor por estas composiciones, que santa Teresa de Jesus, mujer de extraordinario talento y á quien se atribuye haber escrito una en su juventud, nos refiere en el capitulo ii de su *Vida* la afición que ella y su madre tenían á su lectura, y que era tan en extremo lo que en esta se embestia, que si no tenía libro nuevo, no le parecía tener contento. Sin embargo la aparición del *Quijote* hizo olvidar como por encanto la leyenda que con los suyos tenía fascinadas á las personas de todas clases y condiciones, pues el *don Policisne de Boecia* cerró el catálogo de las obras caballerescas en 1602 (1). Y este milagro lo obró Cervantes, mas que por haberlas puesto en ridiculo, por haber producido una novela que las dejaba á todas á una inmensa distancia en la originalidad y en las gracias, donaire y pureza de la dicción.

He dicho anteriormente que no se propuso desterrar los romances de caballería, puesto que él aumentaba su número, sino que se purgasen de los desatinos, lubricidades é inverosimilitudes de que abundaban, y en la persona del canónigo nos manifestó su verdadera opinion al decir en el capitulo XLVIII de la parte primera: « Yo » he tenido cierta tentación de hacer un libro de caballerías, guar- » dando en él todos los puntos que he significado; y si he de confesar » la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer la espe- » riencia de si correspondían á mi estimación, las he comunicado » con hombres apasionados de esta leyenda, dotos y discretos, y con » otros ignorantes que solo atienden al gusto de oír disparates; y » de todos he hallado una agradable aprobación. » Sin embargo como el voto general de los lectores no se atemperó á los justos deseos de Cervantes, sino que los escedió dejando en absoluto olvido los libros caballerescos, y los novelistas se conformaron inconsideradamente con él; es preciso investigar, si la nueva senda que adoptaron está esenta de los defectos de aquellos, ó si también los tiene sin compensarlos con estímulos de valentía y pundonor. Pero conviene manifestar ante todo la necesidad que hubo de generalizar aquella lectura, y el fin moral y político de los que la inventaron y mantuvieron.

En los siglos duodécimo y los tres siguientes, en que las continuas guerras y los muchos restos del gobierno feudal constituían á los hombres en una especie de vida errante, sin otra propiedad casi que la pecuaria, por ser fácil de trasportar, y sin mas apoyo que la

(1) Despues del 1605 no salió á luz en efecto ningún libro de caballerías enteramente nuevo, pues aun no estoy seguro de que se imprimiese por primera vez la cuarta parte del *Espejo de príncipes y caballeros*, quedando inédita la quinta segun el testimonio de Pellicier. Se reimprimieron si las tres primeras y algunos libros ó cuentos cortos, como el *Carlo Magno*, *Tablante y Ricamonte* y la *Linda Magalona*, de los que, á la manera que de los *Romances y Relaciones*, han continuado surtiendo siempre los impresores á la gente de pocos medios y menos luces.